

AMISTAD

HISPANO-ARABIGA

Contrastes.

La visita del pintoresco Rey Saud de Arabia en la primera quincena de febrero ha abierto el camino a un tratado de amistad entre los dos países. Es como si Tarik y don Rodrigo en vez de darse mandobles a orillas del Guadalquivir vinieran a abrazarse bajo la bendición del Arzobispo de Toledo. Mientras tanto en Argelia llamada con demasiada facilidad "la Francia de Ultramar" se verificaban en esa misma quincena de febrero violentos choques entre franceses y argelinos. Del 10 al 11 de ese mes, sólo en la región de Constantine, habían muerto: 86 rebeldes entre los cuales se contaban 3 nacionalistas ajusticiados en la prisión de Argel. Cerca de Constantina y a la semana de los sucesos anteriores las tropas francesas dieron muerte a otros 52 rebeldes. Desde hace muchos meses estas noticias sangrientas vienen llenando la prensa diaria poniendo de manifiesto por una parte la voluntad francesa de quedarse definitivamente en Argelia y por otra la decisión indígena de lograr la independencia. Es un contraste demasiado impresionante el que ofrecen la política francesa y la española respecto de un mundo que se estremece de alientos independentistas. Ruidos de tanques franceses en los cérrros de Ain Beida argelino, y resonar de cascos oro y plata de la escolta mora por la ancha avenida de La Castellana madrileña.

A la visita del Rey Arabe hay que añadir la presencia simultánea del Sultán Mohamed V. Cuando Francia lo destronó en 1953, en Tetuán del Marruecos Español el General García Valiño en una manifestación colosal de simpatías por el mundo árabe proclamó la legitimidad del Sultán proscrito. Mientras tanto al otro lado del Estre-

cho de Gibraltar que los franceses gustan de llamar "prolongación de Africa", ejercía el alto cargo de Capitán General de Galicia uno de los más prestigiosos jefes árabes, el General El Miziam. Cuando en 1954 se celebró el Año Santo Compostelano este Moro ilustre en calidad de Jefe de la División Gallega hubo de presidir los homenajes que el Ejército Español tributó al Apóstol Santiago. Los contrastes se podrían continuar indefinidamente. Están en juego dos experiencias coloniales, dos actitudes políticas, dos filosofías de las relaciones entre los pueblos.

Colonialismo argelino.

Algunos datos para ilustrar el fracaso de la experiencia colonial francesa en Argelia. Argelia tiene una extensión aproximada cuatro veces mayor que el territorio de la Francia metropolitana. Prácticamente la población se asoma a la costa mediterránea, teniendo a sus espaldas el amplio desierto que cubre las 7 octavas partes de todo el territorio. Diez millones de habitantes vienen a ser la población actual de Argelia. Pero una tercera parte de las tierras cultivables son propiedad de 25.000 colonos franceses. Son los Franceses los que detentan el 99 por ciento de los altos empleos civiles. Bereberes y Arabes han sido reducidos a las tierras áridas o condenados a vivir en las ciudades en auténticos barrios malditos. El 60 por ciento de la población musulmana ha sido clasificada oficialmente como "indigente", alcanzando el desempleo el 40 por ciento.

Con estos datos bastaría para no admitir fácilmente la tesis francesa de que Argelia es un departamento francés al igual que cualquiera de los metropolitanos. Pero es en lo político donde las diferencias son más visibles. Según el Estatuto Argelino de 1947 todos sus habitantes musulmanes, europeos o franceses son ciudadanos de Francia, agrupados en 4 departamentos. Mas para los efectos electorales no rige la división por departamentos como en la Metrópoli sino que están agrupados en colegios electorales con 15 re-

presentantes cada uno en la Asamblea Nacional de Francia. Uno de los colegios agrupa a todos los europeos, y el otro a todos los bereberes y árabes. De manera que un millón de europeos tiene la misma representación parlamentaria que siete millones de argelinos.

En estas desigualdades económicas y políticas radica la causa principal del encono franco-argelino. Al levantamiento de los guerrilleros, Francia ha respondido con el envío de fuertes contingentes militares que rebasan la cifra de los 200.000 perfectamente equipados. En el fondo de esa exhibición de fuerza está el grito de Mitterand, Ministro que fue del gabinete de Mendes-France: "Argelia es Francia. La única negociación posible son las balas". Hay, pues, en la Metrópoli una definitiva voluntad de quedarse en Argelia. Varios proyectos han ido surgiendo sobre cómo incorporar a Argelia. Primero se pensó en su integración al estilo de los departamentos franceses, más tarde en su federación con la Metrópoli con cierta autonomía, y no hace muchos días el partido radical socialista de Mendes-France ha presentado una moción por la división de Argelia en tres territorios de los cuales, Constantina y otro que tendría por capital a Tlemcen serían autónomos, mientras que Argel y Orán se vincularían aún más estrechamente que lo que están ahora a la Francia Metropolintana.

Difícil se hace predecir si ha de tener éxito esta moción del partido radical-socialista. Aun suponiendo que ganara adeptos en la Metrópoli, difícilmente será aceptada por los argelinos, quienes más bien vendrán a sospechar que Francia comienza a replegarse de sus anteriores y más ambiciosas pretensiones.

Cualquiera de las soluciones que actualmente se barajan en Francia está condenada al fracaso sino se acomete una reforma interna sustancial, de espaldas a los viejos métodos del colonialismo decimonónico. La responsabilidad de los países cristianos en la hora presente es tremenda. Y Francia que es medularmente cristiana tiene que encarar el problema de las relaciones con

los pueblos árabes con nuevo ímpetu y sinceridad de principios. En el siglo pasado podía una nación autoconstituirse en defensora de los principios de libertad y tolerancia mientras ensanchaba el ámbito colonial hasta alcanzar unas proporciones que no había conocido la época del absolutismo. Ahora, cuando la crisis se agudiza, es cuando es preciso demostrar la vigencia de aquellos principios. El mundo está de vuelta de tantos mitos y busca hechos tangibles y no términos filosóficos acuñados hábilmente y más hábilmente difundidos.

Símbolo y realidad.

Quienes gustan de hechos simbólicos hallarán uno de entrañable significación de la actitud de España y de Hispanoamérica respecto de los pueblos árabes, en el gesto arriesgado de un soldado inválido español. En 1812 las tropas francesas estaban acantonadas en Granada. La Alhambra era su cuartel general. Palacios y jardines tuvieron un día que ser abandonados. Los franceses no se resignaban a dejar intactos aquellos palacios que habían hecho exclamar al poeta Ibn Zamrac: "Cuántos arcos se elevan en su cima, sobre columnas por la luz ornados, como esferas celestes que voltean sobre el pilar luciente de la aurora!". Antes de marcharse dispusieron el artefacto para hacer volar aquella joya del arte arábigo. Ya estaban las mechas encendidas cuando el soldado español José García no sin riesgo de su vida se arrojó sobre ellas y las cortó, salvando para la historia la máxima expresión arquitectónica de la cultura árabe.

Semejante es la actitud de nuestros pueblos a ambos lados del Atlántico en sus simpatías por un mundo que aspira a sobrevivir como entidades políticas autónomas. Afortunadamente ninguno de ellos alimenta ambiciones de dominio. Ninguno de ellos es suficientemente fuerte desde un punto de vista económico, militar y político, para lanzarse a una aventura colonial. Más aún, todos tienen una amarga experiencia en ese sentido. España, por un lado, sabe

cuánto cuesta la ceguera de la Metrópoli en no conceder a tiempo una autonomía e independencia cuando la madurez de sus posesiones exige que les sean otorgadas. Por otro lado, los países hispanoamericanos, a quienes tanta sangre costó el logro de su Independencia, son los representantes actuales más calificados del anticolonialismo, por su perseverancia en los principios, después que los Estados Unidos por compromisos con sus amigos y por exigencias internas de su expansión industrial unidos a sus aspiraciones hegemónicas, ya no defienden con el mismo fervor los principios y las actitudes de Monroe o de Cleveland.

Pero hay algo más en el fondo de esta amistad española e hispanoamericana respecto de los Arabes. Es cuestión de sangre. En España la presencia de la sangre árabe es tan notable que bastaría vestir con chilabas y turbantes a algunos españoles del sur para constituir una aparente Guardia Mora. Una buena parte de esa sangre árabe se ha transfundido a nuestra América sobre todo en los contingentes de conquistadores e inmigrantes andaluces.

Al mestizaje racial habría que añadir el sincretismo cultural manifestado lo mismo en la arquitectura, en la vivienda, que en el lenguaje español enriquecido con unas siete mil voces de origen árabe, número muy superior al vocabulario de cualquiera de nuestras lenguas indígenas. Una vez más se pone de manifiesto la transcendencia que para las relaciones humanas tiene el mestizaje de la sangre y de la cultura que resiste la prueba de las transitorias crisis de las desavenencias entre pueblos.

Posición privilegiada.

La actitud de España de franca amistad con los países árabes ha merecido el más sincero reconocimiento de sus dirigentes. De paso por París unos días antes de volver a ocupar el Trono dijo Mohamed V:

“No olvidaremos nunca ni olvidarán los hijos de nuestros hijos la actitud de los españoles, tanto de España como de la Zona Española de

Marruecos al producirse los acontecimientos de agosto de 1953. El gobierno español insistió siempre en la ilegitimidad de lo que en Rabat me sucedió, y yo sé que el Cónsul Español nunca asistió a la ceremonia que se desarrollaba en mi palacio, así como que nunca dejó de rezarse en mi nombre en las mezquitas de la Zona Española. La fidelidad de España ha sido absoluta. Gracias a ella se ha podido edificar la política nuestra, política cuyos resultados hemos podido cosechar a la postre con tanto honor”.

Sin duda se solidarizaron con estas palabras del Sultán las muchedumbres que le aclamaron en Rabat aquella mañana del 16 de noviembre de 1955, mientras en el cielo de una transparencia africana evolucionaba el avión pilotado por una muchacha marroquí con el rostro descubierto.

En parecidos términos han venido pronunciándose prestigiosos jefes árabes. No pocos de ellos se han acogido a España al ser desterrados por sus gobiernos Metropolitanos. El Fassi, Presidente del Istiqlal, ha proclamado repetidas veces que el cariño de España a los países árabes “no es una palabra hueca de sentido sino que está enraizado en lo más íntimo del sentir de los españoles”. En ciertos aspectos la posición de España se asemeja a la de Inglaterra en los días de nuestra Independencia. Pero hay diferencias que no se pueden pasar por alto. Inglaterra al favorecer la Independencia de Hispanoamérica aspiraba abiertamente a resarcirse de la pérdida de los Estados Unidos con un Imperio Americano arrebatado a España. Si los planes ingleses no llegaron a cristalizar fué por la perspicacia y categoría intelectual y moral de nuestros próceres quienes no se prestaron al juego. En cambio con la Independencia de los pueblos árabes, España no puede aspirar a un imperio africano, no sólo porque carece de la fuerza política y el poderío económico indispensables, sino porque ha demostrado la limpieza de sus propósitos al otorgar una independencia sin reticencias al Marruecos Español, sin reservarse como intentó Francia con el suyo

"las responsabilidades en materia de defensa y asuntos exteriores" reserva que hace nugatoria toda independencia. Inglaterra no tenía vinculación alguna con nuestros países que insurgían a la vida independiente. En cambio los vínculos de España con los países árabes son tan manifiestos que actualmente donde los estudios arábigos se pueden realizar con mayor éxito es en España por la abundancia de sus monumentos arquitectónicos y la riqueza de manuscritos arábigos. Esta vinculación hispano-árabiga llegará un día a tener su expresión geográfica cuando se construya el proyectado túnel a través del Estrecho de Gibraltar o el puente sobre el mismo accidente geográfico, proyecto que lleva la garantía técnica de la firma del ex-ministro español Peña-Boeuf. Cuando esto se realice sí se podrá afirmar, pero no con el sentido peyorativo que le dan a la frase los franceses que "Africa comienza en los Pirineos".

Oportunidad insoslayable.

No todos los países árabes manifiestan el mismo grado de evolución. Algunos de ellos conservan ciertas estructuras políticas y económico-sociales que nos repugnan. Precisamente es la Arabia Saudita donde la esclavitud tiene todavía vigencia.

Pero sea cual sea el grado de evolución de los países árabes es un hecho que una profunda transformación se está verificando en ese mundo que ahora se estremece de movimientos independentistas. Ni Rusia, ni las Grandes Potencias de Occidente dan garantías para una amistad sincera que no entra-

ñe peligrosos apetitos territoriales o económicos. España e Hispanoamérica sí pueden presenciar con las manos limpias esa evolución y en algunos aspectos inspirarla. Parecerá quizás quimérica la posibilidad de formación de un inmenso bloque americano-hispano-árabigo. La plataforma de las Naciones Unidas puede brindar un escenario nunca soñado para una acción conjunta de estos grandes grupos de pueblos, siempre que sus componentes no requieran para su diálogo intérpretes sospechosos, sino que se acerquen directamente, sin intermediarios. Si ahora los pueblos árabes e hispanoamericanos están dominados por la división que sólo sirve a los intereses de terceros, puede llegar el día en que se aunan y formen un bloque indestructible.

Hay ahí un campo ancho a una política de envergadura de España e Hispanoamérica. Pese a nuestras deficiencias España e Hispanoamérica constituyen la más acendrada reserva cristiana. Un apostolado de gran dimensión podrán cumplir nuestros países si dan al mundo árabe la lección de que el Cristianismo no está divorciado de los justos movimientos independentistas. La responsabilidad de España es inmensa: la de trabajar por aunar —como lo adivinó Vázquez de Mella— las dos alas de pueblos árabes e hispanoamericanos en un mismo vuelo de audaz política, o como lo afirmara nuestro José González González: servir de "árbitro en dos grandes grupos de pueblos para los que tiene la autoridad del sacrificio histórico, que supuso conquistar y colonizar en América, y ahora con respecto a los pueblos árabes, servirles de apoyo en su demanda de Independencia".

PABLO OJER, S. J.

